



La fe cristiana reconoce y confiesa que la muerte no es el final de la vida, sino el comienzo de una vida nueva. La comunión con los que han vuelto a la casa del Padre acompaña los días de la Iglesia peregrina en la tierra. Esta experiencia consuela y llena de paz el dolor en las comunidades locales, donde el fallecimiento de sacerdotes y religiosas, ancianos o no, se percibe como una gran pérdida.

Cada vocación sacerdotal y religiosa es preciosa. Muchos recuerdan cuántas energías materiales y espirituales se gastaron en los años ochenta y noventa para fomentar y acompañar las nuevas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. En aquella época, la reapertura de seminarios y noviciados alimentó el entusiasmo y la esperanza. Los jóvenes sacerdotes y religiosas, junto con los laicos, caracterizaban la vida de las comunidades con su ímpetu juvenil, atesorando la sabiduría cristiana de los sacerdotes y religiosas ancianos con los que compartían aquel "recomenzar" misionero.

Ahora, el tiempo presente está marcado por nuevas urgencias y nuevas fragilidades. Y en las nuevas circunstancias, la oración de las comunidades pide que la fe sencilla y valiente que se respiraba en tantas hermanas y sacerdotes en las décadas pasadas se manifieste también hoy en el clero y en los religiosos.

En los últimos años, las muertes prematuras de obispos, sacerdotes y religiosas nos han recordado también la urgencia de cuidar la condición física y espiritual de personas que a veces descuidan su salud mientras dedican su vida al trabajo apostólico, o se encuentran solas ante la enfermedad y la fragilidad.

En los dos últimos años, varias muertes prematuras de religiosas y sacerdotes han marcado la vida de varias comunidades. En la diócesis de Yixian, provincia de Hebei, todo el mundo llora y siente la muerte de sor María Yang Huilin, de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, y lamenta que su muerte prematura (tenía 50 años) se debiera a una enfermedad intestinal poco tratada. El 10 de marzo de 2022, Wu Junwei, obispo de Yuncheng (Shanxi), de 59 años, murió de un ataque al corazón, después de muchos años agotadores en los que no había escatimado esfuerzos para promover cursos de catecismo, acompañar la construcción de nuevas iglesias y ayudar en todo lo posible a mantener las iniciativas pastorales y comunitarias ordinarias, incluso en el difícil momento de la pandemia.



En la comunidad católica del Tíbet, todos recuerdan que también el padre Joseph Ma Zhaxi, hombre de soledad y oración, murió prematuramente en enero de 2020, con sólo 39 años, después de haber pasado su corta vida en la extrema pobreza. Nunca escatimó el esfuerzo de atravesar el frío y el mal tiempo de la montaña en su moto, para ir a llevar consuelo y los sacramentos a las familias más lejanas de su parroquia.

(NZ) (Agencia Fides 3/4/2023)